

PASILLO

DEL TIO CAMACHO Y DEL TIO MATEO.

Mateo. A dónde, tio Camacho,
con qué causa ó con qué intento
dejándonos la taberna
y sin tomar mas refresco,
que una azumbre cada uno,
cuando nada es un pellejo,
me ha hecho Vd. que le siga
tan pensativo y suspenso,
que en su semblante denota
algun gran caso funesto?
qué tiene Vd. que le angustia?
yo estraño tanto silencio,
sabiendo que soy su amigo
el mas fino y verdadero;
y pues estamos en sitio
que hablar seguros podemos,
venga esa mano de amigos
y hable claro sin rodeos,
que un dolor comunicado
podrá ser: ¿pero qué veo?
un hombre con esas barbas
sé me pone á hacer pucheros?
qué ha sucedido? qué hay?
Cam. Amigo, murió mi abuelo.
Mat. Qué dice Vd. tio Camacho?
Cam. Lo que oye, tio Mateo.
Mat. Dios en su gloria le tenga,
que era un valiente sugeto,

que espaldazas que tenia,
qué lomos, qué moyeros?
Cam. Pues qué Vd, lo conocia?
Mat. Ahí es nada: bueno es eso,
dos veces lo ví emplumado
y azotado mas de ciento.
Cam. Dice Vd. bien; es verdad,
fué hombre de aquellos tiempos;
salió por calles y plazas
con mucho acompañamiento:
el Africa vió seis veces
y seis mil estuvo preso:
qué escalamientos que hizo!
cómo se tragó el tormento
en las dos veces ó tres
que en el potro lo pusieron!
con qué donaire, qué brio,
qué arrogancia, qué contento
estuvo al pié de la horca
viendo á otros compañeros
que pernearon en ella?
(oficiales de mi abuelo)
tan verdad, que vieron todos
que allí se estaba riendo.
Mat. Yo lo vi por estos ojos,
y en los últimos doscientos
cada vez que le cascaban
demostraba tal contento
que pasmó en el Zacatin
á infinitos que le vieron.
Cam. Para él era un fandango
el salir á esos paseos,
otros lloran, moquetean,
y afligidos en estremo
van echando maldiciones
al verdugo y pregonero;
pero el tio en estos lances
caminaba siempre tieso;
yo no he visto quien le imite
era aquello mucho cuento:
y en el arte liberal
fué un grandísimo maestro
todos le tenian envidia
á aquel hermoso manejo
de sus manos, con las que
dejaba limpio al momento
el bolsillo, las alforjas,
y el mas oculto secreto
del mas diestro caminante,
y el mas sagáz pasajero,
no se escapaba ninguno,
de sus cinco mandamientos.
Pues y en esto de beber?
qué diremos! ¡qué diremos!
No llevaba de ordinario
un lobazo como un templo?
Mat. Empinaba grandemente,
y yo soy testigo de ello.
Cam. Ay amigo, dónde habrá
otro tal como mi abuelo?
Mat. Consuélese Vd., querido,
pues ya no tiene remedio.
Cam. Con la muerte de este hombre
no puedo yo hallar consuelo;
el corazon se me parte
cada vez que considero
aquellas benditas manos
que parecian un viento,
para pillar una mula
ó robar un pollinejo!
nadita se le escapaba,
tenia el ojo mas esperto
que he visto en toda mi vida,
pues aunque fuera muy lejos
atisvaba cualquier vicho,
y al momento volaverunt:
en el oido ninguno
pudo igualar á mi abuelo,
cuántas veces lo ví yo
que se tendia en el suelo
la oreja contra la tierra,
y al cabo de poco tiempo
de estar de aquella postura
se levantaba diciendo:
gente viene, prevenirse,
y como fuere obraremos;
pero nunca se engañó,
porque mas tarde ó mas presto,
por arriba ó por abajo
asomaban pasajeros:

y segun los que venian
mandaba al punto mi abuelo
retirarse: ó embestir
como lobos á corderos.
Mat. De esas cosas es preciso
recibir el justo premio,
que por allá habrá encontrado;
y se ha hecho ya el entierro?
Cam. No señor, porque se hará
esta noche de secreto
entre las doce y la una.
Mat. A esas horas en qué templo,
si todos están cerrados,
y cuesta doble derecho?
Cam. Allá arriba en la joyanca
junto al Albercon del negro,
(callaré, que está en adobo
con un burro que se ha muerto)
Mat. Si Vd. quiere que concurra.
Cam. Lo agradezco, tio Mateo;
porque están ya convidados
el tio yesca, siete pelo,
uñas largas, el zurdillo,
el tiñoso y Asmodeo,
con los cuales hay bastantes
para salir de este aprieto.
Mat. Pues no fueron á Melilla?
Cam. Sí señor, y se volvieron,
y han estado por allá
á la verdad mal contentos,
pues no se hallan sin Granada,
y se vinieron muy presto;
los gitanos siempre tienen
el espíritu andariego.
Mat. Yo tambien veria mundo
á no ser un pobre viejo:
y han quedado algunos bienes
de la muerte del abuelo?
Cam. Todo ello monta un pito,
oiga Vd. su testamento,
que lo traigo aquí apuntado
como le dejó dispuesto.

Saca un papel y lee.

Digo yo Colás Camacho,
natural que soy del Puerto,
hijo de Camacho Tum
y de Marta de Figuero,
bautizado no se adónde,
y viudo no estoy cierto,
porque há dias no parece
mi mujer Chuca Conejo;
que estando como yo estoy
desde los pies al pescuezo
lleno de pupas y llagas
y cercano al cementerio
de una cañada ó barranco
donde me coman los perros,
quiero disponer mis cosas
y ordenar mi testamento:
primeramente declaro
con todo mi cabal seso,
que habrá ya cerca de un mes
no he robado de provecho,
porque mis máles y achaques
lugar no me han dado á ello:
solamente en este mes
he quitado un buen sombrero
un camison, unas naguas,
dos acetres y un caldero,
á una vieja la mantilla,
una sierra á un carpintero
á un cazador la escopeta,
la manta y demás arreos
con los que salió á cazar
en el rigor del invierno;
quince pares de zapatos,
cuatro velas de un entierro;
una azada á un hortelano,
un tenor á un guitarrero,
una burra con su cria,
un cochino de año y medio,
una bolsa con cien reales,
una cabra y un carnero,
los manteles de un altar,
dos vacías á un barbero,
los manteos á un sa[illegible]
á un sastre siete [illegible]
las aldabas de u[illegible]
los cerrojos de [illegible]

un baston de un alguacil,
á un francés rico en estremo,
le robé todo el caudal,
y lo mandé á los infiernos
á un golpe de mi cuchillo,
y de san Anton el viejo
las alhajas de las cruces
que ya se estaban cayendo.

Mat. Eso no merece nombre.

Cam. Yo me corro de leerlo
vea Vd. qué vagatelas
para aquel que estaba hecho
á salir á los caminos
y como absoluto dueño
recoger cuanto encontraba.

Sigue leyendo.

Todos estos embelecos,
que en mi cueva tengo alzados
y no es justo devolverlos,
pues ninguno lo que hurta
lo devuelve en estos tiempos,
se los dejo á Camachico
mi mas estimado nieto.
á quien he cuidado mucho,
y nombro por mi heredero.

Deja de leer.

Ya no puedo leer mas,
porque la pena que tengo
no me deja respirar
de acordarme de mi abuelo.

Mat. Pues amigo, á la taberna.

Cam. Ella es todo mi consuelo.

Mat. Sin el vino yo no vivo.

Cam. Sin el vino yo me muero.

Mat. Dos azumbres no me bastan
para sosegar el pecho.

Cam. Cuatro pienso beberme
en el nombre de mi abuelo.

Mat. Pues vamos, y este sufragio
por su alma aplicarémos.

Cam. Yo le aplicaré bastantes
que lo quise con estremo.

Los dos. Vámonos, pero primero
pidamos humildemente
que nos perdonen los yerros.



...np. y lib. de D. José M. Moreno, Madre de Dios, 1.